

debemos señalar el florecimiento de poesía religiosa, por una parte, y de poesía femenina, por otra.

Desde la aparición de la revista "Rueca" (1941) ha irrumpido en nuestro ambiente literario una nutrida generación de jóvenes poetisas de muy diversas formas expresivas y de una sensibilidad exquisita que expresa temas de gran contenido humano. "Es oportuno observar —dice el crítico Antonio Castro Leal— que en el desarrollo de la poesía mexicana moderna tiene una importancia capital la producción femenina, tan diversa de la de otros países hispanoamericanos, sobre todo porque, más que de las frescas gracias de la carne, vive de las iluminaciones del espíritu" (13).

Voces de profundos sentimientos místicos en lenguaje de frescas imágenes son las de Concha Urquiza —quizá nuestra mayor poetisa después de Sor Juana—, Emma Godoy y Gloria Riestra; almas que luchan desesperadamente entre una presencia sensible de Dios y la duda de su existencia, como la de Guadalupe Amor, poetisa descarnada y sin metáforas, y Enriqueta Ochoa, siempre vuelta a la esperanza cristiana; extraordinaria pureza lírica y acendrado y rico mensaje en los versos flúidos, tersos y espontáneos de Rosario Castellanos; extraordinaria sensibilidad para captar problemas de nuestro destino —"este dolor de ser y no ser nada"— en una poesía rica y delicada, de finos dibujos, de variados sentimientos, ante las verdades de la vida de Dolores Castro; sorprendente fineza lírica de Margarita Michelena. Habría que añadir otros muchos nombres, pues la presencia de la lírica femenina actual no encuentra par a lo largo de nuestra literatura.

Hora es de mencionar, brevemente, al grupo conocido con el nombre de "los Ocho", en que, además de Rosario Castellanos y Dolores Castro, contamos a Alejandro Avilés —notable delgadez de sentimientos—, Efrén Hernández —quizá el poeta de mayor vuelo—, Humberto Cabral del Hoyo —magnífico sonetista—, Octavio Novaro, Honorato Ignacio Magaloni y Xavier Peñalosa.

El florecimiento de poesía religiosa que se advierte a partir de la poesía de intensa emoción sagrada de Alfonso Junco, en quien se inicia el movimiento (1917), seguido del P. Alfredo R. Plasencia (1924), Alfonso Gutiérrez Hermosillo, más notable como poeta profano en sus herméticos "Tratados de un bien difícil" (1924), y Gabriel Méndez Plancarte, que introdujo la forma salmística a nuestra poesía (1927), alcanza proporciones excepcionales con ellos y, entre otros, con Francisco Alday, quizá la voz de mayor intensidad lírica religiosa del momento; Joaquín Antonio Peñalosa, en una poesía de notable

---

(13) Antonio Castro Leal, *La poesía mexicana moderna*, "Letras Mexicanas", vol. XII, Fondo de Cultura Económica, México, 1952, p. XXX.

fluidez y sentimiento finamente franciscano puesto de relieve en "Ejercicios para las bestezuelas de Dios" (1951); Octaviano Valdés, José Luz Ojeda y Manuel Ponce.

Este último debemos colocarlo a la altura de nuestros mejores poetas actuales. Su poesía resplandece como una de las obras artísticas más redondeadas y originales y mejor emparentadas con la mejor tradición de los Siglos de Oro y las modernas tendencias estéticas de Mallarmé, Valery y Cernuda. Se distingue por una poesía llena de conceptos y giros originales que pueden apreciarse en sus hermosos poemas "Narco-análisis" y "Teoría de lo efímero". Ha ensayado en poesía religiosa las formas poéticas y leves del Hai-kai a lo divino e inaugurado temas vírgenes, como el de la teología poética de la virginidad en "Ciclo de Vírgenes" (1940), hasta llegar a los poemas perfectos de "El Jardín Increíble" (1951) y de la última factura. Tócale buena parte del movimiento renovador actual.

Aunque no poca también a las revistas "Abside" (1937), hogar y primera casa de muchos de estos poetas en sus fecundos veinte años de existencia; "Trento", "Estilo" y "Trivium", la desaparecida revista del Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico de Monterrey.

La presentación de los más jóvenes poetas, entre quienes hay algunos que descuellan con muy propia y segura voz, como Bernardo Casanueva Mazo, Jaime Sabines, Miguel Guardia, José Cárdenas Peña y Rubén Bonifaz Nuño, haría demasiado prolijas estas notas.

Basta con lo dicho para tener una idea global, aunque no exacta, del movimiento poético de México, que está postulando una crítica equitativa, veraz y justiciera, que coloque a cada uno en el sitio que le corresponde.—CARLOS GONZÁLEZ SALAS.

## ESPAÑA EN LA XXIX BIENAL DE ARTE DE VENECIA

El arte español acaba de obtener un destacado triunfo en la XXIX Bienal Internacional de Arte de Venecia, personificado en el escultor Eduardo Chillida y el pintor Antonio Tapies. A Eduardo Chillida le ha sido concedido el Premio de la Municipalidad de Venecia —1.500.000 liras— y a Antonio Tapies el Premio "David E. Bhigh Foundation" —500.000 liras—. Además de los galardones es preciso dejar constancia del unánime testimonio de la crítica mundial, que ha señalado con insistencia, aparte de los premiados, los nombres de Manuel Rivera, Saura, Millares, Feito, Tarrats, etc., como artistas punteros en el mundo de la plástica occidental.

La selección presentada en Venecia por España respondía a una

dirección del arte de nuestro tiempo: el expresionismo. Dentro de este expresionismo se ha ordenado a los distintos artistas concurrentes, de acuerdo con sus características propias, en esas dos grandes secciones que subdividen tajantemente al arte actual: abstractismo y figurativismo. En la línea figurativa estaban presentes: Cossío, Guinovart y Ortega Muñoz. El campo de la pintura abstracta, con mayor número de representantes, se estructuraba en: abstractismo dramático: Tapies, Canogar, Millares, Saura, Suárez y Vela; abstractismo romántico: Feito, Cuixart, Tarrats, Planasdurá y Vaquero Turcios; abstractismo geométrico: Mampaso, Povedano, Farreras y Rivera. Por último, en escultura sólo se presentaba un nombre: Eduardo Chillida, ganador del Gran Premio Internacional frente a adversarios de tan reconocida valía como son el inglés Armitage y el francés Pevsner.

Ante un hecho de tan singular trascendencia no podemos retraer el comentario ni fundamentarlo en el sensacionalismo que depara la ocasión. Por eso vamos a arrancar de testimonios ajenos para tener salvada la objetividad de antemano. La XXIX Bienal de Venecia fué inaugurada oficialmente por el Presidente de la República italiana el día 14 de junio. La edición dominical de *Il Giorno*, correspondiente al día 15 de dicho mes, titulaba la sección de arte, desempeñada por el crítico Marco Valsecchi, con dos escuetas frases de elogio para la muestra española: "La piu bella sorpresa della Biennale." Y debajo: "Dalla conformista Spagna i veri nipoti di Picasso." Estos titulares y el veredicto del jurado decían por sí solos lo suficiente para que vayamos ahora a meternos en más exégesis. Un clima, un ambiente propicio formado por unos órganos periodísticos preocupados sólo por destacar aquello que se presenta a los ojos del mundo con luz propia, y una decisión de tanto peso en el mundo de las artes plásticas como la del Jurado de Venecia, no se producen al azar, ni por generación espontánea. Como tampoco un elogioso comentario al modo del expresado por el pintor italiano Campigli, uno de los candidatos a las recompensas de Venecia: "El pabellón de España es el más bonito, el de mejor conjunto, el de mayor contenido y el más interesante de toda esta Bienal."

Los premios logrados en esta ocasión por artistas españoles tienen un amplio significado. Además de recompensar la obra individual y la capacidad creativa del escultor Eduardo Chillida y el pintor Antonio Tapies, suponen una confirmación tácita, un reconocimiento "oficial" al impacto causado en el último medio siglo por los creadores plásticos españoles. Las inquietas generaciones que se sucedieron desde Picasso, Gris, Julio González, Miró y Vázquez Díaz hasta los protagonistas del hecho que comentamos han logrado, por vez primera en un certamen internacional, que se pondere en su estricto valor la aportación de

España al arte de Occidente. Esto no quiere significar que España haya estado ausente en otras ediciones de la Bienal Veneciana. De veintinueve convocatorias de la misma, España concurreó veintisiete. Sólo faltó en dos: 1909 y 1948. En 1938 y en 1954 dos españoles alcanzaron el Gran Premio Internacional de Pintura: Ignacio Zuloaga y Juan Miró, respectivamente. Pero resulta que ahora, en esta XXIX Bienal, se ha dado una comprensión unánime, una valoración más completa, a lo que significa la moderna pintura española, sus avances y tanteos; la línea de inquietud desarrollada por artistas españoles en las últimas promociones y el enraizamiento de éstas con una tradición que les exige renovarse constantemente para insertarse en la medula representada por Berruguete, Zurbarán, Velázquez, Goya y, últimamente, Picasso y Gris. Venecia representará, de ahora en adelante, el reencuentro del arte español consigo mismo, la reactualización de España como potencia pictórica de primera línea, la recuperación del peso específico nacional en el mundo de las Bellas Artes.

Este largo proceso que señalamos arranca de Picasso, González y Gris, y culmina en los triunfadores de Venecia, ha pasado a través de una serie de acontecimientos que se hace preciso señalar para alcanzar su exacta perspectiva. En primer lugar, la convocatoria de la I Bienal Hispanoamericana de Arte en 1951, y las sucesivas ediciones de este magno certamen hispánico. Las Bienales Hispanoamericanas han tenido una doble virtud. De una parte, ofrecieron la posibilidad de un enlace firme entre los artistas hispánicos de las dos orillas del Atlántico. De otra, sirvieron dentro del panorama artístico español para romper el monopolio ejercido durante lustros por un agobiador academicismo que, salvo muy contadas excepciones, sólo sirvió para señalar a las Bellas Artes un camino rutinario, conformista y sin inquietudes; hacer incompetente la crítica por falta de comprensión hacia la novedad; invalidar las altas recompensas artísticas nacionales; obligar la emigración de valores, hoy universales, que aprovechados por el gran mercado francés de arte estuvieron a punto de desnacionalizarse para siempre. Este es el caso concreto de Picasso y una gran parte de la llamada "escuela de París".

Tras la I Bienal Hispanoamericana de Arte se abrió un clima —aunque con frecuencia polemizado— que ha permitido la paulatina recuperación de las nuevas tendencias del arte joven, y la elevación de su cotización internacional. En 1956 Alvaro Delgado obtiene el Gran Premio de Pintura en la Bienal de Arte Mediterráneo celebrada en Alejandría, al tiempo que Luis Feito alcanza el Segundo Premio. A continuación es el escultor Jorge Oteyza quien, en la IV Bienal de Arte de São Paulo, logra el gran Premio Internacional de Escultura.

Dentro del año en curso, en la antesala de Venecia, Eudaldo Serra consigue el Gran Premio de Escultura, y Máximo de Pablo el Segundo Premio de Pintura en la II Bienal de Arte Mediterráneo de Alejandría. A la luz de todos estos acontecimientos creo que queda más firmemente asentada la premisa que da pie para hallar la lógica conclusión del resultado de esta XXIX Bienal de Venecia, en lo que respecta a la participación española.—ANTONIO AMADO.